

Mariátegui y la trascendencia de Amauta

Marco Martos

El nombre del Perú se asocia en muchos lugares del mundo al de Garcilaso, nuestro primer escritor en el siglo XVI, César Vallejo, José María Arguedas y José Carlos Mariátegui. Tal vez, aquí y allá se añada algún otro, como el de Ricardo Palma o el de Manuel González Prada. En todo caso son estos ciudadanos y no otros, a los que hay que sumar aquellos que defendieron nuestra patria en las horas de dificultad como Miguel Grau, Francisco Bolognesi, quienes mejor expresan lo que hemos sido y sobre todo lo que anhelamos ser, como país, como colectividad de antigua historia, como deseo de futuro compartido. Sufrimos exacciones día a día, vivimos la injusticia cotidiana, pero tenemos una cuota de esperanza que viene de nosotros mismos y de estos preclaros compatriotas.

Hay una antigua costumbre de los seres humanos que aquí conviene aludir: El deseo de indagar todos los detalles biográficos de los individuos que nos parecen paradigmas como si en esa averiguación pudiéramos encontrar las claves del genio de una persona. En verdad no existe felizmente una fórmula, ciertas condiciones que produzcan seres humanos extraordinarios; es cierto que determinadas circunstancias favorables pueden contribuir a que nazcan individuos de mayor calidad, pero la química de una personalidad fuera de lo común permanece siempre en lo oscuro, en lo que se niega a revelar su secreto. Tenía José Carlos Mariátegui sólo catorce años en 1909 cuando ingresó a los talleres de *La Prensa* para desarrollar labores auxiliares. En una carta fechada el 10 de enero de 1924 enviada al escritor Enrique Espinoza (Samuel Glusberg), director de la revista *La Vida Literaria* que aparecería en Buenos Aires y publicada en mayo de 1930 en homenaje a Mariátegui, el Amauta dice: "a los catorce años entré de alcanza-rejones a un periódico" Muchos se han preguntado por el significado de esos vocablos que resultan sugerentes. Nos hemos demorado en saber que vienen del léxico taurino; son elementos auxiliares de la tarea principal. Poco a poco José Carlos Mariátegui fue alcanzando importancia dentro del diario. De llevar y traer artículos fue luego encargado de leer los manuscritos a los linotipistas, clasificar las informaciones de provincias, redactar las crónicas de algunos incidentes locales y escribir artículos desde 1914 que firmaba con el seudónimo de Juan Croniqueur. Pasó luego a la redacción de *El Tiempo* entre 1915 y 1918 y colaboró en *El Turf* entre 1915 y 1916 pues se sintió atraído por la calidad aristocrática de la hípica. En esa época, en 1917, obtuvo el primer premio en un concurso promovido por la Municipalidad de Lima con su artículo "La Procesión Tradicional", dedicado a la procesión del Señor de los Milagros durante el mes de octubre. Aludiendo más tarde a toda esta época dijo que había sido su edad de piedra.

Detengámonos por un instante en esa dura afirmación, Mariátegui se formó en la soledad de la lectura, en las inevitables conversaciones en clínicas y consultorios médicos con gente bastante mayor y, sobre todo, en las redacciones de los periódicos; los diarios fueron su universidad. La llamada edad de piedra no es otra que la época de

su formación, tiempo de enfebrecida actividad periodística donde José Carlos que se había bautizado así, puesto que en realidad se llamaba José del Carmen, llegó a utilizar catorce seudónimos. Indudablemente en el hecho de buscar identidades diferentes colaboran tanto una real necesidad de no fatigar a los lectores que buscan siempre variedad de colaboraciones, como un afán de colocarse distintas máscaras, ser diferentes personas. El Mariátegui de los primeros escritos es un coro polifónico de voces. La publicación del libro *Mariátegui Total* (Lima. Amauta. 1994) pone a disposición de los estudiosos todo ese material primigenio que nos lleva a meditar sobre la calidad literaria alcanzada por un escritor muy joven que está en busca de su propia ruta. Ese terreno de personas y máscaras (recordemos que en latín persona significa máscara) le sería caro a Mariátegui durante toda su vida. Cuando murió en 1930 dejó organizado en forma de Libro *La Novela*, texto publicado por primera vez en 1955 y que lo acerca a la prosa de ficción y que muy bien pudo ser el antecedente de la novela peruana que tuvo la intención de escribir en un momento de tregua que la vida le habría podido ofrecer, y que se lo negó de persistente modo. Mariátegui fabula en base a un hecho que conmovió a la opinión pública italiana: el caso del profesor Giulio Canella, que se inició cuando un hospital de enfermos mentales solicitó que se identificara a un paciente que había sido hallado por la policía de Milán, después de haberse inferido profundas heridas con una navaja y carecía de documentos y de recuerdo de su pasado. Poco después fue reclamado como esposo por dos mujeres, una de Verona que lo identificaba como el profesor Giulio Canella, y otra de Turón que le atribuía la personalidad de Mario Bruneri. No es propósito de estas líneas ni determinar la verdad ni sustituir la lectura del libro; quede subrayada la inquietud de Mariátegui por los temas de identidad.

Mariátegui tenía a fines de 1910 amistad y admiración por Abraham Valdelomar. Este, nacido en Ica en 1888, había hecho una meteórica carrera literaria, que le había dado justa fama. Ahora mismo su nombre está asociado a la renovación literaria del Perú. Su fina prosa iniciada en las canteras del modernismo se había despojado poco a poco de los oropeles inútiles y estaba descubriendo parcelas importantes de nuestra realidad que habían pasado desapercibidas para los literatos del XIX. Había mucho de superficial en el tratamiento que los costumbristas daban a la realidad que conocían. Valdelomar en cambio se interesa por la vida de provincia, por el drama que estalla en una apacible familia aldeana como ocurre en su célebre cuento *El Caballero Carmelo*. Una disgresión nos puede ser útil. En el plano simbólico un poeta como Víctor Hugo había escogido como animal heráldico al águila: Baudelaire, quien fue un poeta de las ciudades, en el único largo viaje que hizo en su juventud, escogió como gemelo del poeta al albatros; un poeta como Bécquer, en España prefiere a las golondrinas. Los escritores peruanos tienen símbolos bien diversos. Chocano elige el cóndor, González Prada escoge al caballo que podríamos llamar diurno, Eguren al caballo humanizado y Valdelomar tiene dos símbolos; el hipocampo de oro y el Caballero Carmelo, el gallo de su infancia. Lo importante es que los escritores peruanos van acercándose más a lo que conocen, a lo que está en su entorno. Debemos a Valdelomar el descubrimiento temático de la provincia, el hurgar de la ficción en el pasado incaico, en el áspero presente político del Perú de aquellos años en sus *Cuentos Chinos*, el intento de comprender el mundo desarrollado del capitalismo en sus *Cuentos Yanquis*. Cuando

murió en 1919 Valdelomar se estaba iniciando en la acción política. Conociendo sus antecedentes sus modales de una aristocracia aprendida, su desprecio por la plebe (esos hombres gordos que el malograban el paisaje) y al mismo tiempo su amor por la gente humilde; sabiendo también algo de su ignorancia ideológica y de su petulancia sin límites que lo llevó en una ocasión a decir en el Cusco, o Qosqo como ahora se prefiere, que habían perdido la ocasión de escuchar al mejor literato que tenía el Perú, podemos colegir que Valdelomar no hubiera podido ser el líder que fue luego Mariátegui o el hombre de masas que fue Víctor Raúl Haya de la Torre, ambos siete años más jóvenes. Valdelomar tenía, como Mariátegui, la afición por los seudónimos: había escogido como sosías el apelativo de Conde de Lemos. No es un juego intelectual comparar ese seudónimo con el de Juan Croniqueur de Mariátegui. Valdelomar escoge un paradigma colonial para sus escritos secretos; Mariátegui, en cambio, usa un nombre corriente castellano y apellido que se inventa en origen francés. Sin moverse de Lima Mariátegui escoge un seudónimo que combina lo popular con lo cosmopolita y Valdelomar, que había estado en Italia entre 1913 y 1914, elige un apelativo nostálgico del antiguo virreinato del Perú. Por cierto que pertenece al terreno de la ucronía especular sobre lo que había podido ocurrir en la literatura y en la política si Valdelomar no pierde la vida en un lamentable accidente ocurrido en Ayacucho en noviembre de 1919; sin embargo, a pesar de lo que aquí venimos diciendo y dado el talento poco común que en verdad tenía, puede suponerse de otro lado, que tenía vigor, calidad suficiente para encauzar su talento y que hubiera podido dejar de lado los señalados defectos que le impedían obtener más altos logros. Pero Valdelomar con lo que hizo está, en el mejor sentido, y no el meramente cronológico, al principio de la literatura peruana del siglo XX como uno de los más altos valores.

Dicho todo esto, para concluir, con Alberto Tauro del Pino en su *Diccionario Enciclopédico del Perú*, Lima, 1966, que la madurez de Mariátegui está representada por el abandono de los seudónimos: José del Carmen Eliseo Mariátegui La Chira será para la posteridad José Carlos Mariátegui o simplemente Mariátegui y será el quien dará lustre a todo su entorno; esto ocurre a partir de la fundación de la revista *Nuestra Época* (1918) y el diario *La Razón* (1919) en colaboración con César Falcón. Es entonces que ocurre su franca orientación por el socialismo. Eran los tiempos difíciles del gobierno de Leguía que tantas analogías tiene con el Perú de nuestros días. Este último diario fue clausurado y con el propósito de alejarlo del Perú, Leguía le encargó la propaganda del Perú en Italia. Como es natural Mariátegui deseaba hacer un periplo europeo para completar su formación y regresar al país más preparado para las tareas que el destino y su propia voluntad le había asignado. Aunque este es un asunto del que poco se habla podemos conjeturar las dudas que asaltaron al joven Mariátegui frente a las propuestas del Presidente de la República. ¿Por qué lo hizo Leguía? Sin duda por cálculo político. La posteridad no le ha negado ni inteligencia ni astucia. Puede pensarse, como lo hace Rouillón, en una intervención de Foción Mariátegui, tío de José Carlos y amigo de Leguía y también en el hecho de que el Presidente había estado casado con la en ese momento recientemente fallecida Julia Swayne Mariátegui. La invitación conminación era extensiva a Falcón. Los dos amigos, después de algunos titubeos, decidieron dejar de lado su condición de perseguidos por la de estudiosos de la realidad europea, es decir del socialismo que era lo que les interesaba. La

alternativa era o estar fuera del país o ir a la cárcel. Si aún ahora se recuerdan estos hechos es porque al revés que tanto Mariátegui como Falcón no cedieron al halago, no cambiaron de bandera, permanecieron fieles a sus convicciones íntimas.

Durante su fase europea (1920-1923) Mariátegui fue corresponsal de *El Tiempo* e hizo el esfuerzo de vincularse con los que eran protagonistas de las luchas de esos años. Establecido en Italia, desde allí marchó a Austria, Checoslovaquia, Hungría, Alemania y Francia. En Italia contrajo nupcias con Ana Chiappe, la compañera de toda la su vida. "Residí más de dos años en Italia donde desposé a una mujer y algunas ideas", escribió a Glusberg en 1927.

A su vuelta al Perú en 1923, Mariátegui desarrolló una labor intelectual verdaderamente titánica que no tiene parangón en el siglo XX. Se esforzó por explicar a sus compatriotas la situación europea y por investigar la realidad nacional, conforme al método marxista. Explicó en la Universidad Popular González Prada entre 1923 y 1924 los problemas de la post-guerra europea y asumió la dirección de la revista *Claridad* cuando Víctor Raúl Haya de la Torre fue deportado; fue entonces cuando procuró impulsar el Frente Unico de Trabajadores. La enfermedad que lo acompañaba desde su infancia tuvo nuevas exigencias y los médicos ordenaron amputarle la pierna que parecía sana, pero su actividad personal fue creciendo en la medida que su dolor personal aumentaba. Fundó la editorial Minerva en 1925, la revista *Amauta* en 1926 y el periódico *Labor* en 1928; al mismo tiempo colaboró asiduamente en los semanarios *Mundial* y *Variedades* y fundó el Partido Socialista el 16 de setiembre de 1928, y envió delegados a la primera Conferencia Comunista Latinoamericana de Montevideo, 1929; organizó también la Confederación General de Trabajadores en 1929 y envió una delegación a la primera Conferencia Sindical Latinoamericana de 1929. La muerte, apresurada con los que más destacan, prefiere dejar vivir más tiempo a las doradas medianías, y lo visitó el 16 de abril de 1930.

Hecho el recuento rápido de los últimos años de Mariátegui digamos ahora que sólo una de las osas que hizo en sus últimos años de vida ameritaría su recuerdo en la historia del Perú. La revista *Amauta*, por ejemplo, no tiene parangón en América Latina. Contando con un escaso número de colaboradores Mariátegui logró nuclear a través de sus páginas a los intelectuales más valiosos de todos los rincones del Perú. Como consta en la valiosa correspondencia publicada por Antonio Melis, Mariátegui, quien era profundamente ordenado como lo recuerdan siempre quienes lo conocieron, tenía correspondencia más amplia que pueda imaginarse con intelectuales y de otros países. Los escritores de la época tenían mucho gusto en colaborar en la revista *Amauta*. Muchos de ellos conservaron, y conservan los supérstites ejemplares firmados por Mariátegui de la primera edición de *Siete ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* (1928).

Lo que hizo Mariátegui en esos años fue una admirable sincronía entre su trabajo intelectual y su trabajo político. El más que ningún otro elevó la calidad del debate, acercó a los intelectuales a la realidad cotidiana que vivía el pueblo, dio lo mejo de sí y obligó en *Amauta* y en *Labor* a que los demás se esforzaran en escribir mejor y en

participar en tareas colectivas. Las coyunturas históricas las definen en alguna porción los individuos, pero en otra aún mayor, las corrientes, los conflictos que ninguna persona, por poderosa que sea, controla. Habría sido diferente el Perú de los treinta con un Mariátegui vivo y actuante. Tal vez hubiera sido conveniente un encuentro entre él y Haya distanciados en esos años. Lo que hemos logrado recién en los años sesenta, no las reformas del gobierno militar que ciertamente son discutibles, sino ese convencimiento íntimo de que los peruanos tenemos que ser realmente iguales ante la ley, habría sido alcanzado cuarenta años antes y habría sido reconocido el sustrato indio, lo que de indios tenemos todos, como un componente esencial de nuestra nacionalidad como ha ocurrido en el México contemporáneo que tiene muchos defectos, pero esa virtud: un mestizaje que de lo genético ha saltado a lo cultural.

Jorge Falcón, hermano de César Falcón, el amicísimo de Mariátegui, animador durante muchos años de la editorial Hora del Hombre, opinaba el 14.6.94 en el diario El Peruano que Mariátegui hubiera encontrado dificultad en hacer política en los años treinta, porque ésta se hizo ya no en los gabinetes y en las salas cerradas, sino en las calles. Sabemos bien lo que significa esa frase aparentemente neutra. Leguía cada vez más envanecido y rodeado de áulicos, por una vez perdió la astucia de percibir la marejada popular y así apareció de un lado Sánchez Cerro y de otro se reforzó Haya de la Torre. La desaparición del tirano no se resolvió en un gobierno de transición como aconsejaban algunos espíritus sensatos. Finado Mariátegui, Sánchez Cerro se hizo del poder a través de un movimiento insurreccional que puso término al gobierno de Leguía y que lo convirtió en un caudillo popular. Formó primero una Junta de Gobierno y luego se apartó de ella en 1931. Obtuvo una victoria pírica en las ánforas el 11 de octubre, que fue cuestionada por el APRA en las calles y en el Congreso, Sánchez Cerro asumió el poder el 8 de diciembre de 1931 y dio una ley de emergencia merced a la cual se desaforó 23 parlamentos el 18 de febrero de 1932. Luego se realizó la rebelión civil organizada por los apristas en Trujillo, Huaraz, Huancavelica, Cajamarca, que fue sangrientamente develado. Sánchez Cerro asumió el poder el 18 de diciembre de 1931 y dio una ley de emergencia merced a la cual se desaforó 23 parlamentarios el 18 de febrero de 1932. Luego se realizó la rebelión civil organizada por los apristas en Trujillo, Huaraz, Huancavelica, Cajamarca, que fue sangrientamente develado. Sánchez Cerro fue asesinado el 30 de abril de 1933 por un fanático cuando salía del hipódromo después de haber presenciado un desfile militar.

Por su lado Haya de la Torre fue apresado en mayo de 1932 y sólo recuperó su libertad el 10 de agosto de 1933 cuando el general Oscar R. Benavides ocupó el gobierno y quiso ensayar una política de paz y concordia que fue terminada el 26 de noviembre de 1934. Entonces el jefe aprista vivió largos años de clandestinidad y volvió a la vida pública el 20 de mayo de 1945 al constituirse el Frente Democrático Nacional que propició la candidatura de José Luis Bustamante y Rivero. Todos estos detalles son citados aquí, a pesar de que son hechos que ocurrieron después de la muerte de Mariátegui, para decir que en los años de conflicto entre Mariátegui y Haya, cada uno de ellos fue vencedor de distinta manera. En la época de *Claridad*, la revista que dirigía Haya y que en su obligada ausencia condujo Mariátegui, ambos estaban de acuerdo, Mariátegui obviamente no participó en la fundación del APRA, Alianza Popular

Revolucionaria Americana, puesto que tal fundación tuvo lugar en México en 1924, pero abrió las páginas de *Amauta* a los intelectuales apristas, a Haya en primer lugar, pero lo que los separó definitivamente fue la concepción del movimiento revolucionario. Mariátegui daba mucha importancia al papel que podía jugar la clase obrera, mientras que Haya subrayaba la necesidad de fortalecer un frente de clases. Mariátegui, no cae en la menor duda, habría censurado la formación del partido aprista en 1931 puesto que consideraba que un partido no podía ser un frente de clases y él ya tenía su propio partido, el socialista. A finales de los años veinte, Haya, quién había tenido destacada participación en los sucesos del año 23 que enfrentaron al pueblo de Lima con el Presidente Leguía, cuando éste quiso consagrar el país al Corazón de Jesús, era un eficaz conductor de masas que tenía sin embargo una muy larga permanencia en el extranjero; Mariátegui en cambio podemos definirlo como un ideólogo que no ha tenido par en todo el siglo en América Latina. Dicho de otra manera, lo que tenía uno, no lo tenía el otro. La penetrante labor de Mariátegui le ha dado una presencia en la posteridad mayor que la del propio Haya que ha tenido vigencia política hasta su propia muerte en 1979. Mariátegui fue más intelectual y Haya fue un político nato. Juntos habrían sido a la larga imbatibles. Muerto Mariátegui a Haya le faltó perspicacia ideológica y luego fue ganado por lo que él consideraba perentorias necesidades de pactar.

La importancia de Mariátegui como ideólogo frente a Haya puede ponerse de relieve si comparamos los dos libros más importantes de ambos intelectuales y políticos, *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* (1928) y *El Antiimperialismo* y el APRA (1936), son vivo testimonio de su actividad intelectual. Mientras el libro de Mariátegui se inclina sobre la realidad con afán científico, el texto de Haya, silenciado durante muchos años por los propios apristas, y su propio autor probablemente no consideraba útil reeditar, es un texto, verdad que trabajado en los años difíciles de la clandestinidad, hecho con apresuramiento, eficaz de todas maneras en la coyuntura política.

Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana de Mariátegui goza del privilegio de ser uno de los libros más editados y vendidos de toda la historia del Perú. Es la expresión más clara del pensamiento de Mariátegui sobre el Perú que le tocó vivir. Durante mucho tiempo nos hemos acostumbrado a tener en el Perú interminables discusiones sobre la vigencia o no vigencia del pensamiento de Mariátegui. Muchas veces los polemistas tenían una posición definida de antemano y lo mismo puede decirse del propio público escucha. Todo esto ahora parece inútil puesto que el Perú que vivimos definitivamente ya no es el de Mariátegui puesto que han transcurrido setenta años, tuvo una función que los propios antagonistas no alcanzaban a vislumbrar; alimentar la lectura de Mariátegui, convertirlo en un escritor clásico. Azorín decía que un escritor clásico es alguien que parece contemporáneo a lectores de distintas épocas. Sostengamos pues, con toda claridad, que un intelectual como Mariátegui, que bebió de las fuentes del modernismo y conocía los clásicos españoles, y que a pesar de haber estudiado sólo hasta el segundo año de primaria leía a autores franceses e italianos en su propia lengua, alcanzó una transparencia en la escritura, un estilo depurado, que ahora mismo es un modelo de conveniente

escritura. Leer a Mariátegui es un placer que el tiempo no ha dañado. Y como tiene rigor y convicción en lo que dice, conmueve y obliga a pensar.

De otro lado, y en esto tienen que convenir hasta los más recalcitrantes adversarios del Amauta, hay un Mariátegui una actitud ética, una conveniente adecuación entre sus actos privados y públicos que bien deseáramos que tuvieran todos los intelectuales y políticos del Perú de hoy. Nada más alejado del mal llamado espíritu criollo, es decir de ese engaño que algunos quieren llevar a la categoría de atributo nacional, que la figura frágil pero valiente y enérgica de este peruano ejemplar.

Digamos ahora una palabra sobre el marxismo y el socialismo de Mariátegui. Desde antes de partir a Europa Mariátegui tenía inclinación por las ideas de Marx. En Italia vio el fascismo, con sus propios ojos, como se dice en la conversación; pero también conoció la capacidad de combate del pueblo. Durante toda su vida consideró al marxismo como un método para conocer la realidad y no como un conjunto de dogmas. Así lo dice en las tantas veces citada carta a Samuel Glusberg de 1927: "A mi vuelta al Perú en 1923, en reportajes, conferencias en la Federación de Estudiantes, en la Universidad Popular, artículos, etc., expliqué la situación europea e inicié mi trabajo de investigación de la realidad nacional". Mariátegui tenía, justo es de irlo, una visión personal del marxismo que tenía gran consideración por los escritos de George Sorel (1847-1922), un escritor francés que fue uno de los teóricos más importantes del sindicalismo revolucionario y que se inspiraba tanto en Marx y Proudhom como en Bergson, Nietzsche, William James y Benedetto Croce. Esa libertad, esa heterodoxia que Sorel tenía para escoger sus fuentes, la eligió también Mariátegui. Recuérdese que en esos años Lenin estaba modificando, perfilando de acuerdo a lo que consideraba necesidades de la Unión Soviética, algunas de las prácticas marxistas de la época. Lenin sustituyó el partido de masas por el partido de cuadros, es decir transformó a su organización en una especie de ejército con revolucionarios que dedicaban todo el tiempo al partido. Ese fue el preludio del marxismo-leninismo que fue una construcción de Stalin.

Mariátegui como se sabe nunca llegó a Moscú y, como también se sabe, pero se dice menos, apenas citó a Lenin algunas veces, casi podría decirse de una manera neutra. En cambio las citas que hace de Trotski son definitivamente más elogiosas, pero a todas luces resulta inconveniente hacerlo participar en una polémica de época en la que no tuvo arte ni parte. Quede claro sin embargo que el marxismo que en los países del este de Europa se impuso fue la versión stalinista del mismo que Mariátegui no alcanzó a conocer. Con esa modalidad del marxismo que es la que ha caído en el muro de Berlín y en la desaparecida Unión Soviética, Mariátegui, por lo que escribí, habría estado en desacuerdo.

Si el marxismo es antes que nada un método de estudio de la realidad, no puede estar en desacuerdo con ella. Las versiones menos elaboradas del marxismo construyen una teoría que pretende que la realidad calce en ella. Gráficamente podemos decir que cuando la realidad va por otro camino se busca una manera artificial de hacerla entrar en el molde previo. Y esto no es solamente una discusión académica, sino que

determina conductas políticas que llevan a cientos y a veces a miles de seguidores de una consigna a cometer lo que piadosamente llamaremos errores, que en algunos casos que bien conocemos pueden llevar a la muerte a otros tantos miles de personas inocentes. Mariátegui está en la antípoda del obrar por consignas; sabía que en la vida de los hombres el conflicto es permanente y que había que estar preparado para ello, pero en su vasta obra no teorizó sobre la violencia como un método para alcanzar el poder.

Mariátegui a través de Sorel llegó a Nietzsche y se dejó influir por ese gran voluntarista. De allí su admiración por Cristóbal Colón que hizo explícita en un reportaje que la revista *Variedades* le hizo en mayo de 1923. Dijo en esa ocasión, refiriéndose al navegante genovés: "es el héroe histórico o pretérito de mi predilección. Pienso en el cada vez que me visita la idea de escribir la apología del aventurero. Por que hay que reivindicar la aventura, al gran aventurero. Las crónicas policiales, el léxico burgués, ha desacreditado esta palabra. Colón es el tipo del gran aventurero: pioner de pionners. América es una creación suya".

Tal vez la idea motor que compagina una serie de afirmaciones diversas hechas por Mariátegui a lo largo de su vida intelectual es que los verdaderos revolucionarios no proceden nunca como si la historia empezara con ellos. "Sabemos que representan fuerzas históricas, cuya realidad no les permite complacerse con la ultraísta ilusión verbal de inaugurar todas las cosas". (*Heterodoxia de la tradición en Mundial* 27.11.1927). De allí la tenaz oposición de Mariátegui a la arcadia colonial, a la pretensión de que la historia del Perú empezaba por Pizarro, fundador de Lima. Nadie puede negar que Mariátegui tuvo una visión idealizada del imperio incaico, pero no le faltaba razón cuando decía que el indio es el cimiento de nuestra nacionalidad en formación y que sin él no hay peruanidad posible. Como lo recordó Jean Pierre Clement en su ponencia "El Indio y la Historia del Perú" que presentó en el coloquio que se desarrolló en Pau y Tarbes en homenaje a José Carlos Mariátegui entre el 22 y 24 de octubre de 1992: "la solución del problema indígena tiene que ser una solución social. Sus realizadores deben ser los propios indios". (*Aspectos del Problema Indígena en Mundial*. 17.12.1926).

Lo más rescatable, lo más alto y hermoso de Mariátegui es su esperanza. En el artículo titulado *Lo Nacional y lo Exótico* que publicó en *Mundial* el 9 de diciembre de 1924 escribió: "Antes y después de la revolución emancipadora, no faltó gente que creía que el Perú no estaba preparado para la independencia. [...] Pero la historia no le da la razón a esa gente negativa y escéptica, sino a la gente afirmativa, romántica, heroica, que pensó que son aptos para la libertad todos los pueblos que saben adquirirla".

¿Qué nos puede decir Mariátegui hoy, y, sobre todo, qué les puede decir a los jóvenes de mañana? Justo es decir que en la confrontación entre el capitalismo y socialismo real, es decir la versión morigerada del antiguo stalinismo, el capitalismo ha resultado ganador merced a las ventajas derivadas de la tercera revolución industrial y a la cada vez más fuerte división entre países ricos y pobres en el mundo. El capitalismo no ha resuelto el problema del hambre y la pobreza en el globo terráqueo y miles y miles de

posibles migrantes intentan llegar a las naciones más poderosas, que a su vez tienen en sus megápolis capas de nuevos pobres, gente que no encuentra trabajo. A los países del Tercer Mundo se nos quiere poner como modelo esas naciones poderosas, sabiendo de antemano que nos es materialmente imposible alcanzar esos niveles de desarrollo. De otro lado algunos científicos sociales quieren proponernos como modelo de desarrollo la denominada entre nosotros "cultura combi", esa suerte de capacidad de sobrevivencia en medio de las dificultades que tiene la capa más pobre de los peruanos que alcanza a doce millones de personas, más de la mitad del país. Sin duda Mariátegui tendría las máximas consideraciones por quienes trabajan en máxima dificultad, pero se resistiría a presentar como un ideal de vida, ese trabajo alienante de tantas horas de trabajo por una magra pitanza. Sólo elevándonos por encima de nuestras flaquezas, haciendo algo más por nosotros mismos y por los demás podremos salir de nuestras dificultades. Mariátegui nos enseñó que lo individual, simbolizado por ejemplo por Cristóbal Colón, tiene que mezclarse con el trabajo colectivo, el que hacían los quechuas en el ayllu, y ahora se hace en los barrios, en los comedores populares, para lograr mejores frutos. Mariátegui nos enseñó a desterrar lo puramente individual que al final es estéril. El Perú que constituirían nuestros hijos y nuestros nietos, desde un gobierno no autoritario y desde unas bases democráticas será, esperamos, más solidario, con conflictos no antagónicos, tierra otra vez de promisión y no ésta erizada de muertes injustas que nos tocada vivir; allí otra vez estará Mariátegui como Colón en la proa de su barco, seguro de sí, avizorando un provenir ignoto.